

86

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

CON
HIZO
FOLIO
JONAS
HOMB
BUE
E

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

F1234

P28

108586

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO



1020003346



108586

GONZALO
DE LA PARRA

DE COMO SE
HIZO REVOLU
CIONARIO UN
HOMBRE DE
BUENA FE

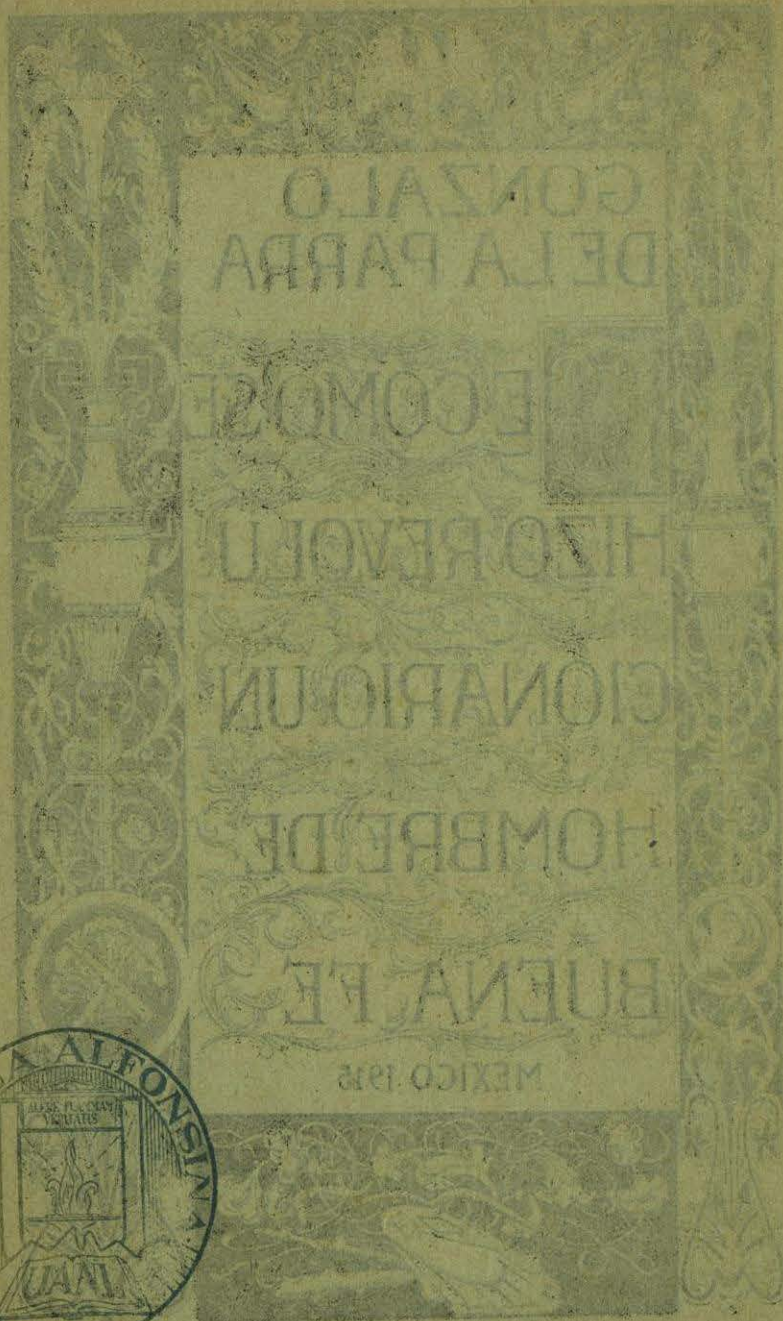
MEXICO 1915



108301

PRINTED AND BOUND BY...

F1234
028



FONDO
HERNANDO DIAZ RAMIREZ

ESTE ES UN LIBRO RELATIVAMENTE
SINCERO, RELATIVAMENTE UTIL, RE-
LATIVAMENTE BIEN ESCRITO Y RE-
LATIVAMENTE BIEN IMPRESO.

F
D

ESTE ES UN LIBRO RELATIVAMENTE
SINGULAR RELATIVAMENTE SUO. RE
LATIVAMENTE BIEB ESCRITO Y RE
LATIVAMENTE BIEB IMPRESO.

No dedico a nadie este libro porque es demasiado poco sentimental para la memoria de mi madre, demasiado malo para mis amigos y demasiado bueno para los magnates que pudieran darme un cheque a cambio de un naxo.

G. DE LA PARRA

EN DONDE EL AUTOR CONSIDERA OPORTUNO
HACER ALGUNAS ADVERTENCIAS

Este libro que tienes entre tus manos, lector, no es un libro, ni tampoco un simétrico amontonamiento de letras impresas. Para ser un libro le falta cohesión, armonía, arquitectura ideológica, pulimento y otras mil cosas esenciales y eminentes. Para no ser un amontonamiento de letras impresas tienen estos artículos, concebidos al azar, pensados fugazmente y escritos sin tino, algo de sindéresis, algo de acierto y puede que hasta algo de ingenio.

El libro, el libro propiamente dicho, saldrá muy rara vez de las manos de un periodista. Los periodistas no somos literatos, ni los literatos son periodistas.

El periodista no tiene jamás el reposo necesario para la concepción de un *libro*. No ha tenido tampoco tiempo para burilar su estilo, ni siquiera para documentarse de una manera sólida. La vida febril del diarismo es la más eficaz para triturar las ideas. No serán los periodistas los inventores de nada; pero en cambio es preciso reconocerles una admirable penetración del espíritu público, lo acertado de sus diagnósticos cuando juzgan de las enfermedades sociales. Ellos saben siempre qué derroteros sigue la opinión, de la cual conocen, como si fuese su querida, hasta los secretos más recónditos.

Yo creo que nada puede dar a un historiador cuenta tan fiel del ambiente público en determinada época, de Gutenberg para acá, como la lectura de los periódicos.

Esas hojas volantes, escritas tan de ligero, son como un eco del ruidoso vértigo que sacudió la víspera a la ciudad, son un latido de su propio corazón.

Los periodistas ven muy de cerca los problemas y a los hombres para que no los conozcan: claro es que hablo de los periodistas periodistas, como antes hablé de los libros libros.

—Pero ven acá, tú,—dirás, lector, cuando hayas leído las vulgaridades que anteceden—todo eso no viene a cuento, porque tú no eres de esos periodistas.

Yo, lector, con permiso de la modestia, soy, estando en el exilio Bulnes y Spíndola, en el retiro Flores y Díaz Duffo y muerto Sánchez Santos, un periodista insigne.

Yo soy igual a cero; pero, con permiso de Pitágoras, hay cifras que nadie había conocido hasta hoy, cifras con menos valor que cero—cifras astronómicas por lo hiperbólicas, pero trágicamente negativas.

Este no es un libro. Este es un volumen en el cual unos cuantos artículos míos trazan—a pesar de las vastas lagunas y de los luengos paréntesis de silencio—la línea, la órbita, la ruta seguida por el pensamiento de un muchacho sincero a través de los hombres y de los acontecimientos.

Lector: si paras mientes en estas líneas, que a mí me parecen palpitantes—porque algo de mi entusiasmo se llevaron siempre,—verás que de ellas se desprende algo que te hace pensar: *este hombre, efectivamente, cree lo que dice*

Yo no pretendo otra cosa: si logras convencerte, lector,

de que escribí con sinceridad, aunque sin gramática, puede que te encuentres cerca de comprender cómo el hombre que asegura furiosamente que tiene razón, casi siempre la tiene.

Un libro que se titula: *De cómo se hizo revolucionario un hombre de buena fe*, parece que debiera ser la biografía de ese hombre. Yo creo en las biografías como elementos de estudio, y oigo con más gusto la historia de un mentecato, que un discurso retórico y acaramelado. De la vida de un hombre, por opaca que sea, puede sacarse la médula de una tragedia, o, cuando menos, una sutil y mediana enseñanza. Mi autobiografía, cual otras muchas, podría tener algún interés y ofrecer algún ejemplo; pero este libro no es psicológico, sino revolucionario.

Yo pretendo que cuando leas las ideas que los hombres de la política me han sugerido, cuando veas las cosas que se me ocurrieron ante determinados acontecimientos, sientas por un instante los mismos temblores que yo y en tu espíritu alguna reacción hermana de las mías.

Cuando alguien llora cerca de nosotros, sentimos ganas de llorar; cuando alguien ríe, soltamos a reír; cuando alguien se entusiasma, nos entusiasmos ¿Por qué, cuando un escritor vibra, no han de ser comunicativas las vibraciones de su espíritu?

Parece también que la historia de un mexicano de hoy, que se hizo revolucionario, debiera comenzar en la época de Porfirio Díaz. No. El autor, en tal época, perdió el tiempo en las bibliotecas y en su casa; perdió el tiempo en las escuelas; vagó por los contornos de la ciudad ebrio de juventud y de luna, con una torta de lomo en el bolsillo y una ignorancia política vasta como la inmoralidad incómensurable del general Villa.

De la Barra dejó en el ánimo del autor la impresión de un dependiente mayor de perfumería. Bien oliente y limpio, los bigotes rizados con esmero, la pérfida sonrisa estereotipada en el semblante, lustrosas las uñas, el gozne del cuello admirablemente acondicionado para las flexiones..... pasó el pequeño criminal frente a mis ojos y dióme al olfato ese mareo cercano a la náusea que esparcen ciertas trocalleles, perfumadas con exceso, a fin de encubrir pertinaces tufillos de podredumbre.

De Madero dije, sin que nadie me hiciera caso—porque era yo entonces mas anónimo que hoy—cuantas groserías y sandeces se me ocurrieron, y se me ocurrieron muchas. Esta desatentada manera de plumear, tan acre y virulenta como torpe, yo la interpreto como el correr de uno que después de largo reumatismo se siente curado, como el hablar de un mudo, como el comer desenfrenado de quien padeció hambre muy largos días.

De cualquier manera, entiéndase bien Me arrepiento de mis intemperancias para Madero, que fué, en mi sentir, un santo. Un santo de esos a quienes burlan los chiquillos, a quienes aman los varones sensatos y justos y a quienes no hace caso nadie, así prediquen la salvación eterna.

Ratifico cuanto dije de aquel gobierno, que fué el gobierno de las componendas, el gobierno de las transacciones, el gobierno de los disparates, el gobierno del suicidio

La Ciudadela produjo en mí magno sacudimiento. Sentí que alguien, formidablemente, me trincaba por los hombros y, empujándome, me lanzaba a un mundo nuevo. Entré en los dominios de la realidad y abrí los ojos con espanto.

La tragedia brutal me anonadó.

Madero engrandeció a mis ojos y tuve un deslumbramiento.

Ví la luz que circundaba su cabeza y creí en el fanatismo que saben engendrar los mártires.

Cuando conocí los detalles del crimen, hubo en mis ojos lágrimas—y eso que yo sólo había llorado cuando murió mi madre. He sido siempre un carácter jovial a fuerza de escéptico.

Huerta me causaba el horror que inspira un puñal y el asco que provoca un eructo de aguardiente.

La Ciudadela fué para mí la puerta de una existencia desconocida. Desde que la piedra de Félix Díaz ocupó las piedras de la Ciudadela, yo sentí las cóleras sagradas de la revolución. El rojo 93 me pareció el divino ideal de las reivindicaciones, y de mi audacia incipiente brotaron estériles maldiciones para el usurpador alcohólico.

Y, apenas abiertos a mis ojos los nuevos horizontes, comencé a descubrir claramente toda la ignominia de aquella situación, y amé a los hombres bravos que allá en el Norte empezaban a labrar el porvenir de la patria a golpes de heroísmo.

Ya al final del huertismo, tuve más bríos y escribí algunos artículos que verás, lector, cuando tu resistencia te haga llegar a ellos.

Hasta aquí, la situación política del país no permitía desviaciones en el pensamiento de un hombre honrado: Huerta era la usurpación y el crimen, y Carbajal *el sueño de una noche de verano*. Pero hé aquí que Carranza llega a México, que las cosas se complican y que nadie sabe dónde están la justicia y la razón. El radicalismo de una revolución, no suficientemente organizada todavía, comete torpezas no pocas y atropellos no escasos: y aquí fué donde

el buen sentido de muchos hombres de buena fe, como yo, estuvo a punto de naufragar.

¿Quién tenía la razón? ¿Carranza o Villa? Los propagandistas de Villa juraban que el vencedor de Torreón representaba el orden y que sus fuerzas eran tan disciplinadas como indisciplinadas eran las de Carranza. Villa aparecía como el más fuerte, y en México hubo siempre muchos hombres que creyeron la fuerza como la piedra angular de un gobierno sólido. Fué entonces cuando en la Penitenciaría 3,000 hombres, casi todos inocentes, pedían la libertad; cuando la Convención nos mostró ignorancias y demagogía; cuando Villa, resueltamente, desconoció a Don Venustiano; cuando el desconcierto y el caos reinaban en la ciudad tremante. . . . Y fué entonces cuando yo, por obra de informes de un mozo enfermizamente honrado—José Ugarte—y de las palabras del general Lucio Blanco y de mi honrado instinto, tomé definitivamente mi partido dentro de la nueva faz del problema político nacional. Y escribí de la Convención de Aguascalientes y del general Eulalio Gutiérrez, lo que verás, lector. Y siempre, con honda preocupación y atención constante, empecé a seguir los vaivenes de la política, escribiendo, casi al día, mis impresiones.

Y con estas impresiones, de actualidad culminante cuando las escribí, formo este libro que sigue siendo de actualidad. Continúan, a mi ver, tan iguales los hombres a cuando los retraté, que parece que no ha transcurrido el tiempo. Los acontecimientos están tan cercanos, que cuanto a ellos se refiera despertará el interés de la oportunidad.

Este no es un libro—por último—de adulación a nadie. Elogio en él a un hombre que me parece grande; a otro le encómio de un modo accidental, porque obtuvo una gran

victoria; aludo a otro con ocasión de su muerte e injurio, mejor dicho, hago justicia, a muchos otros que no están muertos aún.

La adulación es productiva, y a mí me gusta el dinero. Pero yo no sé manejarla. Cuando, de niño, ejercía de monaguillo, al agitar el turíbulo, se me escapaba el incienso de la taza de metal y manchaba la veste al cura. Sólo se decir impertinencias, y lo que en el alma siento es no poder decir ahora muchas que se me ocurren.

Tengo enemigos porque les he dicho tontos. Algunas mujeres me han negado su mano porque las descubrí algunos defectos y no vacilé en señalarlos.

Y tú, lector, serás capaz de no leer este libro, sólo porque en su portada he tenido la sinceridad de decirte que este libro es relativamente sincero—porque la sinceridad absoluta no existe,—que está relativamente bien escrito—porque no sé gramática—y relativamente bien impreso—porque no hay imprentas que sirvan.

GONZALO DE LA PARRA.